

la poesía es un traje extraño

raúl botero

El 1º de noviembre de 1960 Alejandra Pizarnik, escribió en su diario: "Falta mi vida, falta a mi vida, me fui con ese rostro que no encuentro, que no recuerdo". Tres meses después, el 2 de febrero de 1961, se recordó a sí misma con estas palabras: "Nunca pensé en mis circunstancias personales: familia, estudios, relaciones, amigos. Me limité a sufrirlos como a testimonios opuestos al clima de magia y ensueño de mi memoria. Como si aceptarme con mis circunstancias personales llevara implícito un renunciamiento a algo fabuloso, es el viejo problema. De todos modos yo no existo".

Así, de esta manera, ella re-escribió su vida y otra vez ésta volvió a ser y fue distinta-semejante a la de todos sus días y noches en el mundo de los otros. Distinta e igual a quien había sido porque ella, cuando escribía esas palabras, *hablaba por ella* —¿cómo no reconocer allí los mismos poderes que siempre convocaron sus poemas?—, mas también (y no interesa saber si eso le importó alguna vez) *hablaba por las otras que ella fue*: la niña precoz que jugaba con muñecas y decía obscenidades buscando el afecto de los demás—, y por otros que no fueron ella: la muchacha bien amada que siempre quiso ser,

Fernando Pessoa, Safo, otros de todas maneras, otros en y por fuera de ella.

Queriendo ser una cantante de Blues en "cualquier lugar lleno de humo" en vez de pasarse todas las noches de su vida "escarbando en el lenguaje como una loca", Alejandra Pizarnik, planteó de nuevo unos viejos problemas: el problema del ser de la poesía y del poeta; el problema del ser del lenguaje; el problema del ser en el lenguaje y en la poesía. Los signos de su vida —alguien pensó en ellos como en aquéllos que permitían escribir y re-escribir esa su particular historia personal; alguien pudo haber pensado en ellos como en aquéllos con los cuales se intuía una condición ontológica: *el hombre habita poéticamente el mundo*, se dijo aquella vez; alguien pensó que nuestra condición histórica, marcada por la ausencia del héroe, hace de aquellos signos un lugar de entrecruzamiento para los signos que el mundo produce y reproduce permanentemente.

Queriendo ser una cantante de Blues, queriendo ser persona —máscara que oculta el rostro verdadero—, queriendo ser la muchacha bien amada Alejandra Pizarnik, fue-siendo aquélla por quien y para quien se daban otra vez las variadas claves de lo imaginario. Siendo por la escritura, ella fue en la otra escena esa que se habitaba como una huésped. Siendo en la escritura,

* El autor es profesor de la Facultad de Sociología de Unaula.

ella volvió a preguntar lo mismo que han preguntado todos los poetas: ¿Cuál es el ser de la poesía y del poeta? Preguntando otra vez por la condición del poeta en el mundo, ella —tercera persona del singular que permite la suficiente ambigüedad o la plena lucidez— volvió a escribir lo mismo que había escrito Octavio Paz en los comienzos de la década del cincuenta, cuando hizo “El Arco y la Lira” o lo dicho por Heidegger cuando trabajó en la redacción de “El Ser y el Tiempo”.

“El hombre habita poéticamente el mundo”, ha dicho Heidegger en su trabajo sobre Hölderlin. El hombre habita poéticamente el mundo; es decir, es en él. Ser en el mundo, ser ahí, es un proceso válido para uno y para todos, un proceso material de todos modos. Un proceso material que indica la huella del otro escenario, un proceso que no deja de señalar el territorio donde nos habitamos como un huésped. El hombre es en el mundo; siempre ahí y nunca en otra parte. El hombre es en el mundo, mas para serlo ha de negarse a sí mismo sin remedio. El hombre es en el mundo; es decir, como si estuviese escrito en el lenguaje que ha “escrito” al mundo.

“Hemos sido esperados en el mundo” repetía Walter Benjamín, en varios de sus ensayos. Esto se pudiera decir de otra manera: el mundo pregunta por nosotros. El mundo es ante nuestra presencia un pre-texto, una pre-pregunta. Sobre decir que no hay respuesta posible para esa pregunta que cada hombre y todos los hombres significan-significan en el mundo, no sobra decir que la poesía permite tan sólo preguntar mejor por esa condición de ser. La poesía no responde: interroga al ser sin pretender que le escuche. La poesía pregunta y con eso revela su poder y sus límites, su manera de ser.

La poesía es lo que es siendo en el lenguaje. La poesía es lo que es por el lenguaje, pero existe también —y muchas veces con mayor fuerza—, por fuera del lenguaje. La relación de la poesía con el lenguaje se revela entonces como una experiencia repulsiva en la doble significación del término: la significación del trabajo poético es un eterno regreso al interior del lenguaje y una tarea constante por encontrar eso que habla por fuera del lenguaje y en la vida de todos los hombres. La poesía existe por fuera del lenguaje: existe en la vida prosaica de todos y cada uno de nosotros. Esta es una situación paradójica o mejor, y más exacto, contradictoria. La poesía es y no es diferente a aquello que expresa. La poesía no puede ser sino en el mundo, pero para serlo tiene que negarlo tal y como él es, o sea, ser otro mundo. Serlo ahora y acá, en medio del significado trivial que tiene lo cotidiano.

“El hombre habita poéticamente el mundo”. Toda palabra, cualquier palabra, parece confirmarlo, así sea de manera contradictoria. Las pa-

labras de la Pizarnik, que nos sirven de pretexto en el pleno sentido que ello puede tener, son una clara expresión del sentido que tiene ese habitar la realidad. Habitar es ser, ser ahí, ser siendo. Habitar poéticamente el mundo es ser sujeto y objeto de un proceso de producción significativa que es lo que es: significación abierta, por la multiplicidad semiótica del mundo. Habitar el mundo es participar en una apropiación del mundo que es colectiva e individual al mismo tiempo. Una apropiación en el sonido y en el silencio. Una apropiación en lo uno y en lo múltiple. “Nuestra voz es muchas voces. Nuestras voces son una sola voz. El poeta es al mismo tiempo lo uno y lo múltiple”. Ha dicho Octavio Paz, y ha agregado: “Es la oreja que escucha y la mano que escribe lo que dicta su propia voz”. Objeto y sujeto de un proceso de significación, el poeta funda su ser en un acto del lenguaje al que la costumbre ha entendido como el único lugar de la significación: el hablar. Mas también pasa que el silencio tiene un sentido: “El silencio humano es un callar. Callamos, no porque no tengamos nada que decir, sino porque no sabemos cómo decir todo lo que quisiéramos decir”, decía Sor Juana Inés de la Cruz. Es una paradoja y es una pregunta aquello que está en la base del trabajo del poeta: es una paradoja porque no puede existir como aquello que es a menos que se niegue en el interior del mundo real. Es una pregunta ante “el brusco sentimiento de estar ahí”, como dice Heidegger. Es una pregunta siempre y nunca una respuesta. Una pregunta abierta.

“El hombre habita poéticamente el mundo” y esto es diferente a aceptarlo tal y como es; mejor dicho, es negarse a aceptarlo de esta manera, es transformarlo. Habitar poéticamente el mundo —ser ahí— es también una experiencia repulsiva ante la insignificancia de la naturaleza. “El mundo existe, el hombre habla y esto es la literatura”, señala Barthes. El mundo calla y al callar indica que ese es su “lenguaje” que hace a la vida simbolizante de los hombres y los pueblos ser lo que es.

“Probarse vidas ajenas como vestidos heredados. Para no ver la propia desnudez”. Así definió su propia condición Alejandra Pizarnik. Así pudiera ser definida toda nuestra condición en el mundo: es, pues, la condición humana en general y no sólo la del poeta. Sólo que el poeta parece ser el único capaz de reconocerlo en medio de todos los hombres. Ser el único y al mismo tiempo hablar por todos los que le hablan con su silencio y cotidianidad es lo que hace al trabajo del poeta ser una ambigüedad que se juega contra todo intento de medida en el tiempo que mide nuestra trivialidad. El trabajo del poeta, al abrir las puertas del ser, revela cómo toda condición ontológica es un proceso material que se constituye en la búsqueda de la significación.

"Probarse vidas ajenas como vestidos heredados. Para no ver la propia desnudez". Escribió en su diario Alejandra Pizarnik, el 18 de enero de 1961. Tal vez nunca había sido tan definitiva la expresión de la extrañeza que siente el poeta por su "ser ahí", por su "pasar por ahí". El poeta es un extraño allá y acá, extraño para los otros y aún para él mismo. El poeta es el único que sin embargo puede decir cómo es ese mundo que él vive de manera marginal muchas veces. El problema del ser en la poesía se convierte desde el principio en una experiencia y cada uno debe intentarla por su propia cuenta y riesgo.

"Todos los días cruzamos la misma calle o el mismo jardín; todas las tardes nuestros ojos tro-

piezan con el mismo muro rojizo, hecho de ladrillo y tiempo urbano. De pronto, un día cualquiera, la calle da a otro mundo, el jardín acaba de nacer. El muro fatigado se cubre de signos", ha escrito Octavio Paz, en "El Arco y la Lira". Tal vez haya logrado señalar con ello que el mundo es el único escenario posible para la poesía. Y no cualquier mundo, sino el más prosaico, el de todos los hombres y todos los días. Trabajo del poeta encontrar allí las razones de su asombro, porque el mundo es a pesar de todo una experiencia increíble. Y el poeta encuentra en él, precisamente allí, lo maravilloso, a la manera de un amante que encuentra repliegues nuevos en el cuerpo de su mujer, después de muchos años.